

Editorial

El petróleo en la economía y la geoestrategia mundial

Las reservas de petróleo son limitadas y el consumo registra un constante aumento. Los países industrializados dependen de fuentes petrolíferas situadas en su mayoría en otras regiones del mundo (el 65% en Oriente Medio). Esta situación genera políticas intervencionistas que pueden llegar a la guerra, como en el caso de Irak. La fundación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), en la década de los setenta, respondió a un esfuerzo de los países productores para recuperar el control frente a las grandes multinacionales. Los efectos ecológicos y sociales de la explotación del petróleo son a menudo dramáticos, van en contra de todo desarrollo real y favorecen los regímenes autoritarios y la corrupción. Hoy surgen resistencias en todos los continentes y se proponen alternativas relacionadas con las energías renovables, el ahorro energético, el derecho de los pueblos, el modelo de desarrollo y la lógica de la acumulación capitalista.

El petróleo como apuesta política

El estado de los recursos

Las reservas declaradas de petróleo convencional (ligero) se elevaban, en 2001, a 1,05 billones de barriles, el 65% de ellos en Oriente Medio (Márquez, 2002). A continuación figura Asia Central (Azerbaiyán, Turkmenistán, Uzbekistán, Kazajistán, Tayikistán y Kirguizistán) con el Cáucaso y Rusia; la región andina en América Latina (Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú); África Occidental (Camerún, Chad, Gabón, Congo-Brazzaville y Angola); América del Norte (Estados Unidos, 2,9%, México) y por último Europa (0,7%) (Carlos Tablada, 2003).

El petróleo es un recurso no renovable y el descubrimiento de nuevos yacimientos toca a su fin. La demanda no cesa de crecer: entre 1950 y 2000 se multiplicó por cuatro y aumenta a razón de un 8% anual. Las reservas conocidas en 2001 equivalían a unas cuarenta veces la producción mundial de ese mismo año. Entre 1981 y 1991, las reservas conocidas habían aumentado en un 45,5% pero en el decenio siguiente, entre 1991 y 2001, sólo se incrementaron en un 4,9% (*Statistical Review of World Energy*, BP 2002). El cuadro siguiente ilustra la situación de las reservas por regiones.

Reservas y producción de petróleo por regiones del mundo en 2001

Regiones	Reservas (en miles de millones de barriles)	Producción (en millones de barriles diarios)	Reservas / producción (en años)
América del Norte (1)	63,90	14,00	13,50
Europa	18,70	6,80	13,50
Oriente Medio	685,60	22,20	86,80
OPEP	818,40	30,20	76,60

(1) Incluido México

Fuente: *Statistical Review of World Energy*, BP, 2002, citado por Orlando Caputo, 2002.

Estas cifras revelan la dependencia del mundo industrializado, sobre todo el europeo y el norteamericano, del petróleo que se produce en otras regiones. De ahí el concepto de *dependencia estratégica*, es decir, el momento en que un país no dispone ya de los recursos energéticos necesarios para su consumo. La situación se ilustra en este cuadro.

Producción, consumo y dependencia estratégica del petróleo en 2001
(en miles de barriles diarios)

Situación	Estados Unidos	Europa	Oriente Medio
Producción	7.717	6.808	22.233
Consumo	19.633	16.093	4.306
Dependencia estratégica	-11.916	-9.285	17.927

Fuente: *Statistical Review of World Energy*, BP, 2002.

La misma dependencia se observa en Japón y en un futuro muy próximo China, hoy en pleno auge industrial, pasará de la autosuficiencia a una relación inversa. Pero la situación más inquietante es la de Estados Unidos. Sus reservas equivalen a aproximadamente tres años de consumo al ritmo actual y el abastecimiento de petróleo ha sido declarado cuestión de seguridad nacional.

Existen otras fuentes de energía fósil distintas del petróleo, como el carbón y el gas. El primero ha sido ido abandonando progresivamente, debido al agotamiento de los yacimientos o a inconvenientes ecológicos. El segundo, cuyo papel proporcional en el consumo de energía se acerca al del petróleo, está localizado en gran parte en las mismas regiones que éste.

La apuesta estratégica

El petróleo se ha convertido en poco tiempo en una apuesta estratégica, aunque esta situación no se debe exclusivamente a la segunda guerra de Irak. La historia de Oriente Medio no se comprendería sin este factor. Lo mismo se puede decir de Afganistán, Biafra, Congo-Brazzaville, Argelia, México o Venezuela. A medida que el futuro del oro negro se perfila en colores sombríos, se concreta el peligro de conflictos y de intervenciones, hasta el punto de pasar a formar parte de la categoría de las guerras preventivas.

La segunda intervención en Irak ha sido objeto de un número suficiente de publicaciones, por lo que este texto no se ocupará del papel que ha desempeñado el petróleo a la hora de desencadenar el conflicto. Es cierto que se inscribe en una perspectiva más global: la instauración de un orden político y jurídico internacional bajo la égida de Estados Unidos, que define el mundo en términos maniqueos y en función de sus intereses nacionales. El hecho de que Irak disponga de las mayores reservas de petróleo del mundo después de Arabia Saudí ha desempeñado un papel muy importante en la decisión de la coalición británico-estadounidense.

El lugar central que el petróleo ocupa en las políticas energéticas explica también el papel que ha desempeñado en las economías nacionales e internacionales. Esto explica por qué las consecuencias de las dos crisis del petróleo se sintieron de forma muy profunda en el conjunto del sistema mundial. Tuvieron efectos directos o indirectos, no sólo sobre los precios del petróleo sino también sobre los tipos de interés, la especulación financiera, las inversiones extranjeras, la deuda del Tercer Mundo, etc.

En el curso de la historia contemporánea, cada época del desarrollo industrial ha estado marcada por pilares específicos. En un primer periodo fueron el carbón y el acero. El petróleo tomó el relevo en el siglo XX, acompañado por las nuevas tecnologías a comienzos del presente siglo. Es probable que el ciclo siguiente esté dominado por el agua y la biodiversidad (el oro verde), pero por el momento el petróleo sigue estando en el centro del problema.

Hay otra razón que va más allá del valor de uso. De acuerdo con la lógica del mercado, un recurso como el petróleo debe ser también un factor de acumulación y este aspecto adquiere un carácter central en su explotación. El valor de cambio se vuelve predominante, por lo que los demás aspectos pasan a un segundo plano, tanto si se trata de la racionalidad en el uso como de la existencia de recursos energéticos alternativos o de las "externalidades" negativas de orden ecológico, social y político. Las rivalidades por el control de la producción y la distribución del petróleo no tienen como causa exclusiva la satisfacción de las necesidades energéticas, por muy apremiantes que hoy sean, sino también la plusvalía que el crudo permite generar. Por ello, la dimensión del sector dentro de la economía mundial actual es también causa de la eclosión de empresas transnacionales muy poderosas, de controversias relacionadas con la soberanía de los Estados sobre sus riquezas naturales, de competencias feroces entre empresas, de "mercadillos" en caso de privatización, de corrupción institucionalizada. Un ejemplo concreto de colisión entre las empresas petroleras y el poder político es el de Estados Unidos, un país donde el Gobierno del presidente Bush cuenta con personas muy implicadas en

este sector, comenzando por la familia del presidente y el propio vicepresidente Dick Cheney.

Según un documento de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, de la ONU), el 57% de la producción mundial de petróleo bruto se comercializa en el ámbito internacional (CEPAL, 2001). De ahí la importancia de las empresas transnacionales, sobre todo aquellas a las que se llama las “siete hermanas”: Exxon, Gulf, Texaco, Mobil, Standard Oil of California, British Petroleum y Royal Dutch Shell. Hasta los primeros años sesenta, estas empresas controlaban el 98% de la producción de petróleo en los países que después formarían la OPEP. A partir de 1960, el poder de este cartel disminuyó progresivamente, con la creación de empresas estatales en Europa y las nacionalizaciones en los países productores. En 1981, los países de la OPEP controlaban el 88% de la producción de petróleo en sus territorios, frente a sólo el 6% en 1970. Con el “Consenso de Washington” y la orientación neoliberal de la economía mundial se desarrolló una oleada de privatizaciones y desnacionalizaciones, aunque sin lograr la privatización completa de este sector de la economía, sobre todo en el Golfo Pérsico (CEPAL, 2001). En su condición de factor fundamental del modelo de desarrollo económico, el petróleo se encuentra en el centro de las jugadas geoestratégicas por el control de su acceso y de lo que representa como fuente de acumulación.

Las consecuencias ecológicas y sociales

Desde el punto de vista ecológico las consecuencias son dobles, en el terreno de la producción y en el del consumo. Los efectos negativos de la producción son conocidos: destrucción del entorno inmediato, contaminación de ríos y cursos de agua, daños a la fauna y la flora y atentados contra la biodiversidad. Pero la explotación de los yacimientos no es el único aspecto que plantea problemas; también los genera el transporte del petróleo a través de oleoductos que son muy destructivos para el medio ambiente. La presión de la opinión pública y de organizaciones como Greenpeace ha obligado a las compañías petroleras a prestar más atención a los efectos ecológicos de sus actividades económicas, pero aún queda mucho camino por recorrer, sobre todo en las regiones donde el control es menos eficaz.

Por otra parte, los efectos del consumo de petróleo sobre el clima y la calidad del entorno son conocidos: emisión de CO₂, efecto invernadero, capa de ozono, etc. Otras fuentes de energía también son perjudiciales, por ejemplo el carbón. Pero el uso industrial del petróleo o su papel fundamental en los medios de transporte lo convierten en una de las principales fuentes de contaminación en el mundo. Los llamamientos a la conciencia no han ido seguidos de efectos en consonancia con la catástrofe anunciada. Los intereses petroleros han logrado bloquear las decisiones políticas, gracias a la fuerza de sus grupos de presión (*lobbies*). La negativa de Estados Unidos a ratificar el Protocolo de Kioto es ilustrativa en este sentido. Los mismos *lobbies* retrasan la aplicación de nuevas tecnologías limpias, sobre todo en el sector del automóvil, y frenan el desarrollo de las energías naturales, a menos que se conviertan a su vez en fuentes de acumulación.

Estas situaciones deben confrontarse con el modelo de desarrollo (con consumo intensivo de energía) que la lógica del capitalismo ha generado. La identificación del progreso con el crecimiento, convertido el segundo en condición esencial para la supervivencia del sistema económico; el productivismo como valor central, incluso en la agricultura; el cálculo económico como única norma de organización colectiva de las sociedades; todo ello contribuye, con el pretexto de la racionalidad y modernidad, a hacer de la explotación de las riquezas naturales un objetivo en sí mismo, que ha eliminado de la cultura el respeto hacia la naturaleza. Al ritmo actual no tardarán en ser necesarios varios planetas para sostener las prácticas predatoras del modelo económico vigente, sobre todo en el sector de la energía.

El desastre no es menos impresionante desde el punto de vista humano y social. En primer lugar están las condiciones de la explotación petrolera que, cuando no es *offshore*, devastan las actividades económicas de las poblaciones locales, desestructuran los grupos sociales y desembocan incluso en matanzas. Se desplaza a poblaciones y se reprimen sus reacciones, a menudo en connivencia con regímenes políticos autoritarios. Como ha sucedido a lo largo de la historia del sistema capitalista, la maximización de los beneficios domina los objetivos y sólo después de intensas presiones, internas o externas, se toma en consideración el factor humano. Una vez más, resulta que el capitalismo es "salvaje" siempre que puede y "civilizado" cuando no tiene más remedio.

Por otra parte, los efectos sociales de la renta del petróleo son, en general, muy negativos. La apropiación de la plusvalía es desigual. O bien es absorbida principalmente por el exterior o se concentra en manos de un grupo reducido de personas. De ello se deriva una dualización de la sociedad y los conflictos internos que esto provoca, como ha sucedido en Venezuela, Nigeria o los países del Golfo Pérsico, en los que los inmigrantes asiáticos (procedentes de India, Pakistán, Sri Lanka, Filipinas o Palestina) suministran el grueso de la mano de obra subalterna en unas condiciones sociales lamentables (ausencia de reagrupación familiar, entre otras cuestiones). Abundan los grupos mafiosos que, en muchos casos, actúan en connivencia con las transnacionales del petróleo (Fina, Elf, por ejemplo).

Todo lo anterior significa que el desarrollo auténtico, creador de bienestar para el conjunto de la población, se ve seriamente dificultado. Los mecanismos de la renta del petróleo generan subidas de los precios en el ámbito local y sólo favorecen a algunos sectores económicos muy concretos (la construcción, por ejemplo), mientras debilitan a otros. Numerosos actores políticos locales sacan provecho de los beneficios del petróleo, forjando poder económico y político en el interior y acumulando fortunas en los paraísos fiscales del Norte. Las empresas petroleras no dudan en recurrir a los servicios de las fuerzas de represión de los regímenes en el poder y financiarlas (Shell en Nigeria, Fina en Myanmar-Birmania, Elf en Camerún o BP en Papúa Occidental), o en promover rebeliones armadas contra regímenes que no les resultan lo bastante favorables (Elf en Congo-Brazzaville).

Los países occidentales donde están radicadas las transnacionales del petróleo están implicados en muchas de estas operaciones. Se alían con los poderes autoritarios o dictatoriales, en la medida en que estos favorecen a sus empresas o sus intereses nacionales. Así sucede en Oriente Medio, pero también en varios países africanos. Occidente nunca ha dudado en intervenir de forma directa o indirecta para debilitar

o derrocar regímenes políticos desfavorables. Fue el caso del régimen de Mohammad Mossadegh en Irán, de Saddam Husein en Irak, de Pascal Lissouba en Congo-Brazzaville o de Hugo Chávez en Venezuela.

Las resistencias y sus actores

Ante estas situaciones, las resistencias son numerosas. Están en primer lugar las de los pueblos afectados. La opinión pública dispuso de información sobre el drama de los Ogonis en Nigeria y el ahorcamiento, por el Gobierno militar del época, de los dirigentes del movimiento de oposición a la actuación de Shell en su región, entre ellos el poeta Ken Saro-Wiwa, conocido en todo el mundo. Pero no fue éste el único grupo que reaccionó en Nigeria. En África hay numerosos grupos que resisten. Los karen de Birmania o los zapatistas en Chiapas están comprometidos de un modo u otro con movimientos de protesta contra la explotación de las riquezas de su suelo, pues no obtienen beneficio alguno de ellas y sufren los efectos negativos de esa explotación. En Ecuador, 30.000 indígenas se manifestaron en mayo de 2003 contra los daños medioambientales provocados por la compañía Chevron Texaco y para exigir una compensación de 1.000 millones de dólares. Los sindicatos del petróleo, por su parte, han protagonizado luchas muy duras en algunos países. En Colombia, decenas de dirigentes sindicales han sido asesinados por fuerzas paramilitares, a menudo en connivencia con las transnacionales del petróleo.

Pero la forma de resistencia más eficaz al oligopolio de las transnacionales petroleras fue la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, OPEP (ver Anexo del editorial). Esta organización se constituyó para defender los intereses de los países productores, con el fin de llevar a cabo un proyecto de desarrollo nacional o simplemente para reforzar la parte de plusvalía destinada a las elites en el poder. El objetivo era ambivalente, pero significaba el nacimiento de otra correlación de fuerzas entre el Norte y el Sur. La oleada neoliberal hizo que la OPEP perdiera parte de su autoridad. El mérito del presidente venezolano Hugo Chávez ha sido volver a encarrilar la organización, algo que va en contra de la política de Estados Unidos, que prefiere las negociaciones bilaterales con los distintos países, tanto en este terreno como en muchos otros.

Se pueden mencionar también las actividades de numerosas ONG y movimientos sociales en los países del Norte. Se han organizado campañas de denuncia y se han constituido tribunales de opinión (como el Tribunal Permanente de los Pueblos contra Elf Aquitaine, en París, en 1997). Se han llevado a cabo diversas acciones de boicot contra empresas concretas. Las compañías petroleras han tenido que defenderse y han producido numerosos documentos para ello. Algunas han adoptado códigos de conducta (cuya aplicación resulta difícilmente verificable en muchos casos) y otras se han visto obligadas a modificar algunos comportamientos. Sin embargo, aún queda mucho por hacer.

Las alternativas

Luchar contra los abusos, denunciarlos con precisión y solidarizarse con las víctimas es una fase muy importante. Nunca se insistirá lo bastante en la capital importancia que

tiene la deslegitimación, frente a una opinión pública que está lejos de haber interiorizado todos los elementos de esta problemática. Pero esto no es suficiente. Es necesario delimitar aún más el terreno de las alternativas. Éstas se inscriben en diversas áreas. En primer lugar, el desarrollo de las energías renovables. Las inversiones en este sector siguen yendo muy a la zaga de las necesidades. Desde la perspectiva del bien común de la humanidad, podría dedicarse una parte de la renta del petróleo a financiar las investigaciones y experimentaciones. Los escasos esfuerzos efectuados en esta dirección, sobre todo por las compañías petroleras en periodos de crisis, han tenido más de operaciones publicitarias que de verdaderos cambios de orientación.

Las nuevas técnicas de uso de la energía deberían ser objeto de iniciativas más audaces. Frenadas a menudo por los *lobbies*, hoy ocupan un lugar central en las ambigüedades de la política de patentes de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Las aplicaciones de éstas pueden retrasarse por falta de medios en los países con rentas escasas, cuando no son las grandes empresas las que las compran para evitar que salgan a la luz. En cambio, se ha hecho un auténtico esfuerzo en el desarrollo de tecnologías menos consumidoras de energía (en el sector del automóvil, por ejemplo) cuando el precio del petróleo se ha disparado, lo que demuestra que es posible impulsar transformaciones.

El respeto a los derechos individuales y sociales que debe presidir toda iniciativa económica, y unos códigos de conducta redactados en colaboración con los actores afectados (organizaciones de trabajadores, representantes de las poblaciones, Estados de la región), verificados por órganos independientes y sancionados por un Tribunal Penal Internacional para delitos económicos, permitirían crear mejores condiciones sociales para la explotación de los recursos energéticos y de trabajo. Revisar las normas internacionales del Derecho mercantil es otra tarea importante, que además puede abrir nuevas vías.

La transformación del modelo de desarrollo es, obviamente, el objetivo último. Esto afecta tanto a las opciones sobre la energía como a las opciones relativas a modos de consumo. De ahí la necesidad de una reflexión profunda y de una voluntad política común para definir etapas. Este punto podría incorporarse a la agenda de las instancias políticas nacionales, regionales (Unión Europea, ASEAN, Mercosur...) e internacionales (Naciones Unidas). La reflexión debería centrarse en primer lugar en la filosofía del desarrollo, sus objetivos, medios y etapas. En cada país, una comisión nacional podría elaborar, en un plazo previamente establecido, los principios que respondan a la pregunta: en el marco actual y futuro del planeta Tierra, ¿qué desarrollo se pretende para el conjunto de los seres humanos?

La universalidad de la iniciativa permitiría la contribución de numerosos movimientos sociales que aspiran a crear nuevas condiciones de vida y de todas las grandes tradiciones de pensamiento, tanto de Oriente como de Occidente. También podrían reunirse estos mismos actores en el ámbito de cada gran región del mundo y a escala internacional. Además de definir la utopía, estas comisiones elaborarían propuestas de acción. La aplicación práctica de las nuevas orientaciones entraña una doble exigencia, de índole técnica y política, por lo que los grupos de especialistas podrían proponer las etapas de su implantación y los Parlamentos podrían trasladarlas al terreno político.

Anexo¹

La OPEP: nacimiento y contradicción

La OPEP está formada por once Estados miembros, situados en África, Asia y América del Sur: Argelia, Libia, Nigeria, Indonesia, Irán, Irak, Kuwait, Qatar, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Venezuela. La producción global de la OPEP asegura actualmente más del 40% del petróleo mundial y sus miembros disponen de casi el 78% de las reservas conocidas. Ante las enormes pérdidas sufridas a causa de su incapacidad para controlar los precios y ante las constantes contradicciones que existían entre ellos, los países productores de petróleo se reunieron en Bagdad en septiembre de 1960. Cinco de estos países, Irán, Irak, Kuwait, Arabia Saudí y Venezuela decidieron asociarse y fundar la OPEP. El objetivo de la organización era establecer un control eficaz sobre el flujo de petróleo hacia los países consumidores, garantizar unos precios adecuados y resolver los conflictos ancestrales que existían entre ellos, alimentados sin cesar por la fluctuación del precio del petróleo.

Qatar se unió al grupo en 1961, Libia e Indonesia en 1962 y los Emiratos Árabes Unidos en 1967. Argelia se incorporó en 1969, en tanto que Nigeria esperó hasta 1971. Ecuador fue miembro entre 1973 y 1992 y Gabón entre 1975 y 1994. Otros países, como México, Rusia y Noruega, permanecieron al margen de la organización, aunque colaborando con su política de control. En los últimos tiempos, Rusia ha expresado su interés por formar parte del grupo. Estados Unidos —que siempre ha manifestado hostilidad hacia el proyecto— y el Reino Unido comercializan su petróleo al margen de la OPEP.

La OPEP y las estrategias petroleras

Durante la década de los sesenta, el poder de la organización registró cierto crecimiento. La sede, establecida al principio en Ginebra, se trasladó a Viena. Las prioridades se mantuvieron sin vacilación, aunque su fuerza se erosionó con el paso del tiempo. La organización continúa ejerciendo una influencia real sobre el mercado del petróleo, especialmente en la fluctuación de los precios. Al mismo tiempo, en el seno de la OPEP, las contradicciones entre los intereses específicos de cada país continúan manifestándose cuando se trata de establecer las estrategias de producción.

Los países que disponen de reservas de petróleo relativamente modestas, pero de primera calidad, como Argelia y Libia, y otros que combinan un peso demográfico importante con unos recursos alternativos escasos, como Irán o Nigeria, exigen regularmente que se reduzca la producción, con objeto de influir sobre la demanda para conseguir unos precios más elevados.

Por otro lado, productores como Arabia Saudí o Kuwait, que disponen de inmensas reservas y de poblaciones poco numerosas, temen que las transformaciones tecnológicas que preceden por regla general a toda elevación de los precios y que dictan

¹ Este texto está tomado de una obra en preparación de Carlos Tablada, sociólogo y economista cubano.

las tendencias estructurales en el consumo de las energías alternativas, así como la extensión de sus áreas de explotación, reduzcan el valor de su producción de petróleo. En algunas ocasiones, estas contradicciones provocan conflictos. Una de las causas principales de la invasión de Kuwait por Irak en 1990 fue el exceso de producción por parte de Kuwait y el debilitamiento del precio del petróleo que se derivó de ello.

En los años setenta, los países de la OPEP habían logrado desplazar a las empresas transnacionales occidentales y recuperar el control de sus explotaciones petrolíferas, lo que permitió a los países productores ajustar los precios en función de sus intereses. En 1973 tuvo lugar la guerra del Yom Kippur. Los países árabes decretaron un embargo de petróleo, especialmente contra Estados Unidos. Las consecuencias de esta decisión fueron muy graves y el precio del petróleo superó todos los techos, afectando seriamente a las economías desarrolladas. Por primera vez falló la ley macroeconómica de la no vinculación de inflación y desempleo. En 1973 y 1974, el índice de precios subió a causa del aumento del petróleo, al mismo tiempo que las empresas se veían en dificultades por el mismo motivo. En consecuencia, el desempleo aumentó. El término empleado para calificar esta situación fue *estanflación*. En plena crisis, una primera reunión de jefes de Estado de la OPEP afirmó su solidaridad con los países en vías de desarrollo y adoptó ciertas decisiones en su favor.

Occidente salió de la situación —aunque el problema se repitió en 1978 con el triunfo de la revolución en Irán— y adoptó diversas medidas para evitar este tipo de crisis. La primera resolución de los países afectados fue crear reservas estratégicas de petróleo. Por otra parte, se lanzaron a una carrera para reducir el consumo energético, necesaria para frenar la dependencia. Se hicieron grandes progresos en la producción de motores más eficientes, sobre todo en la aplicación de técnicas como la inyección del combustible, que limitaban en buena medida el consumo de los automóviles. Se invirtieron importantes sumas en las energías renovables y se aceleró la búsqueda de nuevas fuentes de energía, como el hidrógeno. Las economías desarrolladas gastan actualmente la mitad de la energía que se consumía en 1973 para producir la misma cantidad de bienes y el mismo volumen de movilidad.

En términos de teoría económica, el encarecimiento del petróleo en los años setenta tuvo repercusiones negativas sobre las economías capitalistas que no se han superado todavía. Al principio, la tasa de inflación aumentó, lo que acarrió una espiral de precios y salarios que, a su vez, hizo disminuir la actividad productiva y aceleró el crecimiento del desempleo. Estas tendencias afectaron en gran medida al desarrollo del sector interno y acrecentaron la importancia de la deuda externa.

En los países del Sur, la cuestión de la deuda externa es compleja, pero el origen de la crisis actual se halla en gran medida en el periodo 1973-1974, cuando los países de la OPEP triplicaron el precio del petróleo. Los países exportadores tenían en aquel momento un excedente de 433.000 millones de dólares (entre 1974 y 1981), que depositaron en bancos comerciales de Estados Unidos, Europa y Japón. El exceso de liquidez en los años setenta tuvo como consecuencia el *boom* de los petrodólares y constituyó un factor determinante de la crisis de la deuda.

La dinámica de los tipos de interés también desempeñó un papel en este proceso. Los bancos, inundados de dinero, promovieron créditos ventajosos a tipos de interés bajos y variables. Después, subieron de forma considerable a partir de 1979-1980,

cuando la OPEP duplicó de nuevo el precio del petróleo (P. G. Hernández, 2002). Desde ese momento, los avatares de la economía mundial hicieron que las condiciones fueran cada vez más exigentes, lo que situó a los países endeudados ante créditos imposible de amortizar. De hecho, se produjo simultáneamente una transferencia de riquezas de los países pobres importadores de petróleo hacia los países exportadores y un incremento de los precios de los artículos en cuya elaboración se utilizaba energía derivada del petróleo, lo que condujo a espirales inflacionistas que causaron un descenso del bienestar general. Las políticas fiscales expansivas puestas en marcha por los países industrializados para paliar los efectos negativos del aumento del precio del petróleo sobre la producción y el desempleo tuvieron también resultados desastrosos: aumento del déficit público, reducción de las tasas de ahorro y subida de los tipos de interés.

En la década de los ochenta, la OPEP se consolidó. Sin embargo, la organización debió hacer frente a varios obstáculos: la guerra entre dos de sus miembros, Irán e Irak; el conflicto árabe-israelí y las tensiones entre Libia y Estados Unidos. Los estadounidenses, durante la presidencia de Ronald Reagan, intentaron doblegar a la OPEP y lograron frenar su dinamismo para forzarla a adecuarse a los intereses de Occidente.

Los años noventa comenzaron con el ataque de Irak contra Kuwait. A pesar de su debilitamiento por diez años de guerra, Irak se apoderó de los yacimientos kuwaitíes, una acción que desencadenó represalias que hicieron subir el precio del barril por encima de cuarenta dólares en Nueva York y en Londres. La ONU decretó un embargo contra Irak, al que sólo se autorizó a vender petróleo para comprar alimentos y medicinas.

Entre 1993 y 1999, los precios del barril disminuyeron lentamente. En el último año, la OPEP decidió reducir su producción para elevar la cotización desde los 11 dólares por barril a los que había caído hasta 35 dólares, lo que se llevó a cabo en octubre de 2000. En septiembre de ese año, el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, convocó una segunda reunión de jefes de Estado. La organización salió reforzada de la cumbre y más convencida de su poder como organismo que podía actuar sobre los mercados y hacer frente a los países industrializados. Por otra parte, los países de la OPEP, seriamente preocupados por la disminución acelerada de sus reservas, intentaron en varias ocasiones frenar el ritmo de producción.

Durante la reunión de Caracas, la OPEP recuperó el papel para el que había sido creada y logró establecer un equilibrio de los precios y garantías que favoreció a la comunidad internacional, en particular a los países del Sur. A partir de la reunión de Caracas, se fijaron límites para la fluctuación de los precios (de 22 a 28 dólares) y se volvió a poner en vigor una regulación concertada de la producción. La guerra de Irak lo puso todo en cuestión. Precedida de una subida muy acusada de los precios, que volvieron a caer rápidamente en cuanto comenzó el conflicto, demostró el carácter del mercado del petróleo. La toma de control de Irak por Estados Unidos y el Reino Unido ha puesto a la OPEP ante una nueva situación, que hará más difícil su cometido. La existencia de países productores de petróleo no pertenecientes a la organización debilita su posición, porque no es posible mantener la disciplina colectiva de la producción y de los precios. Deben esperarse nuevos enfrentamientos.

Traducción del francés: Fabián Chueca.

Bibliografía

- BARTHÉLÉMY Françoise, "Les routes contestées du pétrole équatorien", *Le Monde Diplomatique*, enero de 2003 (en español, "Asalto de las transnacionales del petróleo en Ecuador", *Le Monde Diplomatique*, edición española, enero de 2003).
- CAPUTO O., *El petróleo en cifras: Las causas económicas de la guerra de EE UU* (manuscrito), 2002.
- CARTON Bruno, (en colaboración con Lamontagne, Pascal), *Le pétrole en Afrique - La violence faite aux peuples*, GRESEA, Bruselas, 2000.
- CEPAL, *La inversión extranjera en América Latina y el Caribe*, 2001.
- Colectivo "Total (ex-Elf) ne doit pas faire la loi", Carta de información trimestral, París, junio de 2003, www.collectif-tfe.cedetim.org
- DUROUSSET Maurice, *Le marché du pétrole*, Ellipse, 1999.
- ENDERLIN Serge y Michel, Serge, *Un Monde de brut*, Seuil, París, 2003.
- HERNÁNDEZ P. G., "La dette externe du Tiers Monde: nouvelles initiatives ou vieilles recettes!", *Alternatives Sud*, Vol. IX, Nº 2-3, 2002.
- MÁRQUEZ H., *Batalla política nacional en guerra petrolera mundial*, Caracas, 30 de diciembre de 2002.
- NOUSCHI André, *Pétrole et relations internationales de 1945 à nos jours*, A. Colin, París, 1999.
- RIFKIN Jeremy, "Il est urgent de sortir du pétrole", *Alternatives économiques*, enero de 2003, pp. 70-71.
- RUWET André, "États-Unis: toxiques en manque de... pétrole!", *Imagine*, febrero-marzo de 2003.
- SERVANT Jean-Christophe, "Une priorité géostratégique: offensive sur l'or noir africain", *Le Monde Diplomatique*, enero de 2003 (en español, "Tranquila ofensiva' estadounidense sobre el oro negro africano", *Le Monde Diplomatique*, edición española, enero de 2003).
- TABLADA C., *Petróleo, Poder y Civilización*, Ed. Sociales, La Habana, 2003.